

hoy día su último sueño. Este buen auvernés, discípulo de los Jesuitas, había tenido primero el don de los versos latinos, y se había distinguido enseñando retórica. Venido á París, y no teniendo más recursos que sus conocimientos mitológicos, había sacado partido de ellos, escribiendo óperas: *Hesione*, *Aretusa*, *las Musas*, *Telémaco*, *Aquiles* y *Deidamia*. La instrucción clásica era como una preparación para el oficio. Danchet, embriagado por el éxito de sus libretos, se lanzó á la tragedia con los *Tindáridas* y *Ciro*, pero faltos del apoyo de la música, sus versos ramplones y monótonos, fueron menos estimados. No eran, sin embargo, más malos que los de Campistron. Como todos los de aquella época eran, según la expresión de La Harpe, «prosa común rimada con bastante facilidad»¹.

Danchet llegó á ser censor literario é hizo buen casamiento.

Lagrange Chancel (1677-1758) es menos célebre por sus obras que por sus aventuras. Á los nueve años, este muchacho prodigio representaba con sus camaradas del colegio de Burdeos una comedia satírica de su invención, que revolvió toda la ciudad. Á los catorce años, le trajeron sus padres á París; la princesa de Conti y el mismo Racine quedaron maravillados de su precocidad y consiguieron que se representase una de sus piezas, *Yugurta*. Durante algunos años, logró un verdadero triunfo; aclamado en el teatro, y festejado en la corte, el joven Lagrange fué el poeta del día; pero en 1713 hizo conocimiento con La Forge y contrajo una amistad que fué para él origen de numerosos disgustos. El duque de la Forge le robó su tragedia de *Ino y Melicerta* y la hizo representar con su nombre. Lagrange protestó de una traición. El duque, valiéndose de su influencia, le hizo desterrar al Perigord. Poco tiempo después ocurrió la famosa conspiración de Cellamare dirigida contra el Regente; Lagrange se vió metido en ella por sus amigos y compuso las *Filípicas*, tres libelos en verso que contienen las más odiosas acusaciones contra el duque de Orleáns y todos los suyos. El duque de la Forge se aprovechó de esta nueva ocasión para vengarse é hizo encerrar al poeta en las islas Santa Margarita, de donde sólo pudo evadirse dos años más tarde, refugiándose en la Cerdeña, después en España, y por último en Holanda.

Desde el fondo del destierro abrumó á sus enemigos con nuevas *Filípicas* y no cesó en su campaña hasta la muerte del Regente que le permitió al fin volver á Francia. Lagrange-Chancel malgastó su talento y su vida. Este precoz poeta en quien se habían fundado tantas esperanzas, no dejó al morir más que dos obras medianas escritas de prisa.

1. Ya queda dicho que también en la literatura española fué ésta una época de insostenible prosaísmo. (N. del T.)

Sus tragedias huelen aún á colegio; ni aun la indignación logró hacer de él un poeta.

Pero he aquí dos nombres más importantes.

El marqués de Puysieux, embajador de Francia en Suiza, se fijó un día en Soleura, en el joven Destouches (1680-1754) que representaba en una compañía de cómicos. Halló que tenía buenas maneras é ingenio; supo que pertenecía á buena familia y que había tomado el oficio de actor por una calaverada, á fin de no ser hombre de toga. Puysieux le hizo su secretario y se lo llevó más tarde á Francia. En Soleura y después de su regreso á París, Destouches había hecho representar algunas piezas, *el Irresoluto* y *el Curioso impertinente*, que fueron muy bien acogidas. Pero se abría ante sus ojos una carrera más gloriosa que la del teatro: el Regente le nombró poco después Secretario de Embajada en Londres á donde acompañó al cardenal d'Ivoi. Llevó á cabo con éxito varias misiones delicadas y, á su regreso á Francia, fué nombrado gobernador de Melun.

D'Alembert dice de él en sus *Elogios*:

El Sr. Destouches caminaba, en el teatro, de triunfo en triunfo, cuando se vió obligado á renunciar, por lo menos durante algún tiempo, á los que le esperaban. El Regente, cuya amistad y estima había obtenido no con bajezas de cortesano, sino con su inteligencia en los negocios, le envió á Inglaterra en 1717... Estuvo seis años en Londres donde quedó encargado de los negocios de Francia. Desempeñó tan bien su cargo, que, á su regreso, el Regente le colmó de elogios en presencia de la corte... Este príncipe que, á pesar de sus costumbres y principios poco severos, tenía en su espíritu tanta elevación como acierto, estaba muy lejos de suscribir el apotegma tan frecuentemente repetido por la estupidez endiosada, de que el talento para los negocios es incompatible con el literario... Tenía la candidez de creer que el ingenio servía para todo... Acababa de ser testigo de que un poeta inglés, el célebre Prior, había preparado, valiéndose de los más prudentes recursos, la paz de Utrecht, tan deseada por las naciones y tan largo tiempo retrasada por las maniobras ó la inercia de los políticos.

Sólo entonces se consagró por completo al teatro. Destouches había traído de Inglaterra la afición á la literatura moralizadora. Las piezas de su segundo periodo atienden más á la enseñanza de los espectadores que á su entretenimiento; ganan tal vez en profundidad; pero carecen del encanto y del fuego de sus primeros ensayos. La más célebre, con mucho, es *El Vanaglorioso*, donde se alía muy felizmente lo cómico con la enseñanza moral. El Conde Tufière, entre sus muchos defectos y ridiculeces, tiene uno superior á todos: su inmenso orgullo; quiere deslumbrar al mundo con su nobleza, su ingenio y su lujo. Se indigna con las familiaridades de su futuro suegro, Lisimont, al que, sin embargo debe su fortuna. Su propio padre, pobre y mal vestido, se

presenta á visitarle; reniega de él y le hace pasar por su criado. Sufre á su vez más que sus víctimas: las menores humillaciones le ponen fuera de sí. El carácter está profundamente observado y la intriga bien dirigida¹. *El Vanaglorioso*² no recibe castigo sino que reconoce su error por sí mismo, se corrige y repara el daño que ha hecho. En torno de este personaje bastante sombrío, se mueven otras figuras más risueñas, divertidos burgueses, y alegres criaditas que tal vez no hubiera desdeñado Molière. *El Vanaglorioso* tuvo un éxito inmenso y fué representado varias veces durante el siglo. Pero Destouches no tuvo siempre el mismo acierto. Queriendo ser moral, perdió su alegría característica, y compuso, como La Chaussée, su rival, dramas burgueses: *El Ingrato*, *El Irresoluto*, *El Maldiciente*, *El Manirroto*, y *El Filósofo casado*, que fueron sus principales comedias, con las que quiso demostrar que la Academia francesa había tenido alguna razón para llamarle á su seno.

El nombre de Nivelles de La Chaussée (1692-1754) se asocia naturalmente al de la comedia lacrimosa. Cayó en la cuenta de que la misma comedia podía hacer llorar; pretendió demostrarlo con su ejemplo y lo consiguió con creces. La vida de La Chaussée carece de incidentes y es casi obscura á pesar de dos ó tres éxitos ruidosos. Debutó en las letras con una *Epístola á Clio* dirigida contra Lamotte y en la que defendía la causa de los versos. En verdad la poesía hallaba en él un campeón bastante mediano. Probó sus fuerzas en el drama moralizador.

Ya hemos visto que éste era el gusto de la época. El que se llamaba « Reverendo Padre La Chaussée » era en la intimidad hombre que se daba buena vida. Pero era moda el enternecerse, se hablaba ya de « hombres sensibles »; lo mismo el patio que la gente de la buena sociedad sólo deseaban lloriquear. La Chaussée lo comprendió y les dió gusto. En la *Preocupación á la moda*³, la más célebre de sus comedias, protesta contra el descrédito del matrimonio. Otros atacaban las ridiculeces con la risa, La Chaussée lo hace con la emoción. La mujer de un hombre muy honrado, que rinde homenaje estúpidamente á la famosa preocupación, anda desolada de sus desdenes, nos da cuenta de su pena, y, á fuerza de cariño, acaba por reconquistar el amor de su marido. La obra tenía un desenlace lacrimoso. Se lloraba en la escena y en la sala « lágrimas virtuosas y dulces » que hicieron olvidar lo ramplón del estilo y lo endeble de los versos.

1. Destouches tuvo la suerte de hallar en España un excelente traductor en la persona del célebre literato D. Tomás de Iriarte. (N. del T.)

2. *El Vanaglorioso* fué excelentemente traducido por el escritor D. José Clavijo y Fajardo. (N. del T.)

3. Esta comedia fué traducida por el célebre Montiano y Luyando, y publicada en 1731 con el título de: *La Razón contra la moda*. El traductor empleó, con buen acierto, el romance asonantado. (N. del T.)

Otra comedia de La Chaussée, no menos moral ni menos húmeda, *La Aya*, le fué inspirada por un hecho histórico. Un consejero del Parlamento de Bretaña, el Sr de La Faluère, que, á pesar suyo, fué causa de una sentencia injusta que perjudicaba á un litigante, reparó el daño involuntario que había hecho, á costa de su fortuna. Este es el rasgo de generosidad que nuestro autor puso en escena. Alentado por el favor que lograban sus dramas, La Chaussée había hecho varias veces representar tragedias, pero habían sido otros tantos fracasos. La Chaussée no es un gran poeta. Sin embargo, su influencia sobre nuestro teatro ha sido considerable por la fuerza que dió á la teoría nueva del drama.

Hay que colocar aquí *La Prueba recíproca* (1711) de Alain, un zapatero de la calle Dauphine, del que no se sabe otra cosa, sino que colaboró con Legrand, el famoso Legrand², actor y autor feo, gordo y bajo que escribió *la Rue Mercière*, *el Rey de Cocagne*, y *Cartouche*, y que respondía á los espectadores del patio que se reían: « Os es más fácil á vosotros acostumbraros á mi cara, que á mí cambiarla. »

Alain se llamaba René. Fundados en esto, han pretendido identificarle con Alain René Lesage. Basta leer *la Prueba recíproca* para convencerse de que esta hipótesis es inadmisibile y de que Alain y Lesage nada tienen que ver el uno con el otro.

Citemos de paso al fecundo Boissy³, el muy observador y mordaz autor del *Charlatán* y del *Hombre del día*, el académico obscuro, el versificador nada fácil, el melancólico, desesperado y rebelde, y dejemos pasar un rayo de luz de alegría y de fiesta mundana: estamos en el teatro de Saint-Foix.

Nada hay más amable que el teatro fantásticamente mitológico de Saint-Foix, donde las formas blancas de las diosas griegas se deslizan entre bosquecillos de laureles floridos y de naranjos: *Pandora ó el Oráculo*, ó *Deucalión y Pirra*, ó *las Gracias*. Estas diosas atravesaron los salones de su época y se pervirtieron algo en ellos; están más cerca de la Sra. Tallien que de Eurídice; pero son encantadoras, tienen ingenio y las conoció la Sra. Récamier.

Este Saint-Foix (Rennes 1698-1776) fué un tipo muy original. Escribió mucho con facilidad y alguna observación. Su teatro es abundante y en él se vale en general de la alegoría y de la alusión, encubriendo los defectos y la sátira con el manto de una antigüedad de capricho y un orientalismo de teatro.

El mismo procedimiento le sirve para trazar el cuadro de París en tres series de *Cartas Turcas*.

1. Ticknor y algún otro autor escriben equivocadamente en una sola palabra: *Lachaussée*, el nombre de este escritor. (N. del T.)

2. Este Legrand representó una parodia del drama español: *Inés de Castro*. (N. del T.)

3. Boissy arregló, ó mejor dicho, desarregló en francés la obra maestra de Calderón: *La Vida es sueño*. (N. del T.)

Se tendrá una idea de su variada fecundidad citando además entre sus obras una *Historia de París 1754*, una *Historia de la Casa de Francia*, una *Historia de la Orden del Espíritu Santo* y *Estudios acerca del hombre de la Máscara de hierro*. Todos estos libros suyos han caído en el polvo, y la posteridad le ha hecho la mala pasada de recordar únicamente que llevaba, no una pluma, sino una espada. Es sólo conocido como espadachín. En vano, según la frase de Voisenon, « hizo correr de su tintero olas de agua de rosa »; únicamente se recuerda la sangre que enrojeció su tizona en la guerra y en la paz.

Era feo, y la Sta. Briand, decía, comparándole con el poeta Bertin, de mirar sombrío: « El primero se parece al crimen, y Bertin al remordimiento ».

Pero cual nuevo Cyrano, no toleraba que le mirasen á la cara; su espada no podía estarse quieta y una semana sin desafío le hubiera parecido más larga que un día sin pan. Las anécdotas que se cuentan de su cólera son divertidas.

En el café Procope, vé Sainte-Foix á un guardia del rey que pide una taza de café con leche y un panecillo. « ¡Valiente comida! repitió varias veces. El guardia acabó por incomodarse ante tan repetida insolencia. Salieron á relucir las espadas y Sainte-Foix resultó herido. « Aunque me hubieseis matado, dijo, no por eso hubierais dejado de hacer una miserable comida. »

En otra ocasión disputó con un digno provinciano en el saloncillo de la Ópera, y le dió una cita. El provinciano le respondió: « Cuando se tiene un asunto conmigo, se viene á buscarme, es mi costumbre ». « Está bien » respondió el espadachín. Al día siguiente fué á buscar á su hombre que empezó por invitarle á almorzar: « ¡Ahora no se trata de eso! Salgamos ». — Yo no salgo nunca en ayunas, es mi costumbre. — En ese caso almorcemos. » Almuerzan pues y salen. El forastero, seguido de Sainte-Foix, entra en un café y hace tranquilamente su partida de ajedrez. Al fin se van á tomar el aire á las Tullerías, y el desconocido repite á cada paso su estribillo: « Es mi costumbre ». Al fin Sainte-Foix se impacienta y le propone pasar á los Campos Elíseos. « ¿ Para qué? — ¡Pardiez! ¡para batirnos! — ¡Batirnos? ¿Estáis loco, caballero?... ¿Le estaría bien á un magistrado, á un tesorero de Francia empuñar la espada?... — ¿Me toma Ud. por un loco? Quede Ud. con Dios. »

La aventura metió mucho ruido, y se rieron bastante á costa del literato. Encontrándose en el patio del Teatro Francés, junto á un hombre á quien la olía mal el aliento, le dijo: « ¿ Sois vos quien hiede? » El interpelado se mostró ofendido.

— Señor mío, le dijo Sainte-Foix, puede ser uno hombre honrado y heder.

Salieron para batirse. Entonces dijo Sainte-Foix á su adversario:

— Si me matáis, no por eso dejaréis de heder y, si yo os mato, hederéis más todavía.

Esta conclusión hizo reír al adversario y se acabó la disputa.

¿ No es verdaderamente épica esta flema? He aquí otro caso:

Se encuentra con un militar joven y apuesto á quien dice bruscamen-

te: — Señor mío, os felicito, porque sois un lindo mozo.

— ¿ Qué quiere decir eso, caballero?

Que sois un buen mozo, digo francamente lo que pienso. — Caballero, si es una broma, no puedo tolerarla. — No bromeo. Pero habéis sido tan favorecido por la naturaleza que debéis tener algún defecto que compense vuestras ventajas exteriores; confesadlo.

El hombre se impacienta y se baten. Sainte-Foix es herido y añade:

— ¿ Decidme á los menos cuál es vuestro defecto esencial?

El militar empezaba á incomodarse.

— ¿ Acaso os falta paciencia? le dijo friamente el obstinado bretón.

Como no cesaba en sus sarcasmos, el joven le empujó vivamente y le hizo caer á un hoyo:

Antes de levantarse, exclamó Sainte-Foix: « Ya sabía yo que teníais algún defecto: sois brutal. ¿ Por qué no lo decíais? »

Los únicos amigos que conservó fueron los que, como la Dixmerie, tomaron el partido de no contradecirle nunca cuando iban á verle á su casita de la calle Fossés-Saint-Victor, donde murió muy viejo y siempre agresivo, después de la vida más inútilmente empleada en una cantidad increíble de obras y de palabras.

Sería una injusticia el olvidar á d'Allainval. En 1848 se representaba todavía una comedia suya *la Escuela de los Burgueses*. La intriga no es nueva, pero los caracteres están muy bien dibujados y no puede menos de hacernos sonreír aquel marqués de Moncada, gran señor amable, insolente, y lleno de ingenio que quiere dorar de nuevo sus blasones, que hace la corte á la hija de un burgués riquísimo, aturde á su futuro suegro con su aire vencedor y su elegancia, educa á su demasiado cándida novia, y se burla lindamente de toda su nueva familia, hasta el día en que, descubierto por sus comparsas, se ve al fin despedido. Como se ve, es todavía *el Burgués ennoblecido* de Molière y es ya *el Yerno de M. Poirier*.

Con Lanoue (1701-1760) perdemos todo contacto con el siglo xvii. Cuando nació él tenía ya un año el siglo xviii. Fué actor y poeta. Se discutió mucho su talento de cómico. Según nos dice uno de sus contemporáneos: « Era de figura poco agradable, tenía la voz ronca y mal timbrada, aspecto innoble, y le faltaba casi en absoluto calor... pero poseía una inteligencia superior »; después de todo, Lekain era aún más

feo que él. Su talento de autor dramático tuvo menos detractores. Lanoue hizo representar en 1739 un *Mahomet segundo*, tragedia sombría, de horrible desenlace, que tuvo el mayor éxito y á la que Voltaire no escaseó los elogios cuando publicó á su vez otra obra con el mismo título. Pero el triunfo de Lanoue fué una comedia en verso, *la Coqueta corregida*, obra maestra de inconsciencia moral y de ingenioso libertinaje, que figuró en el repertorio durante más de ochenta años, que merece perpetuar el nombre de su autor y que si se representara de nuevo, se vería con agrado.

Ya he hablado de Destouches y La Chaussée. Es indispensable citar á Saurin, porque son los tres inseparables y sus nombres reunidos han acabado por tomar el aspecto de una fórmula.

Bernardo Saurin (1706-1781) abogado en el Parlamento de París, abandonó el foro á los cuarenta años para escribir tragedias. Su *Espártaco*, que fué representado en 1760, tuvo un éxito que duró hasta fines del siglo. Saurin¹ imaginó un *Espártaco* filósofo y abogado como él, que se sacrificaba por la humanidad y hablaba de libertar el mundo de la tiranía y del fanatismo. Al amor de una tierna desposada y al poder y á la fortuna que le brindaba Craso, prefería su ideal de libertad y de justicia, y moría combatiendo en su defensa, no sin haber tenido tiempo de declamar contra los déspotas y de anunciar un porvenir mejor. No se le llevó á mal su inexactitud histórica y se oyeron con encanto aquellos alegatos políticos, llenos de alusiones no dudosas; agréguese que la obra merecía en parte su triunfo por el vigor del estilo y la intensidad trágica de algunas situaciones. Saurin dió además una tragedia, pero de asunto más moderno, *Blanca y Guiscardo*, y una pieza en versos libres, *Beverley*, en que se inspiró en nuestros días el autor del famoso drama *Treinta años ó la vida de un jugador*. Saurin fué, pues, uno de los primeros sostenedores del drama naciente.

Voisenon (1708-1775) cuyo verdadero nombre era Enrique de Fusée, abad de Voisenon, tenía bien puesto el nombre² porque fué un verdadero castillo de fuegos artificiales, un fuego graneado de frases y de ocurrencias, un chisporroteo de malicias y de pullas.

Grimm le llamaba « paquete de alfileres ». Polignac agregaba la variante : « puñadito de pulgas ».

Nació endeble y con pocas esperanzas de vida. « La naturaleza, decía más tarde, me formó en un momento de distracción ». Corrigió el error porque vivió 67 años. Desde muy temprano se sintió poeta y á los once

1. Un periodista liberal de Valladolid, D. José Gómez Díez, usó el seudónimo de Saurin y publicó con él un libro titulado : *Cánovas y su tiempo*. (N. del T.)

2. Hay que advertir que *fusée*, en francés, significa : *coquete*. (N. del T.)

años dirigía ya una epístola á Voltaire que llegó á ser su consejero y su amigo fiel.

El salón de la Sra. Doublet fué el teatro de sus éxitos de conversador ligero y brillante. Trató amistad con al actor-autor Legrand, que alentó su vocación dramática. Escribió varias comedias, *la Sombra de Molière*, *la Escuela del Mundo*, *el Retorno de la sombra de Molière*, per nada queda ya.

Los fracasos no le desalentaban. Habiendo dado el alegre abate en el Teatro Italiano, un acto frío y sin color, uno de sus amigos le preguntó por qué lo había hecho representar. Voisenon le respondió : « Hacer tanto tiempo que todo París me fastidia en detalle que he aprovechado la ocasión para tomar el desquite. »

Esto se llama tomar alegremente las cosas. Á consecuencia de un duelo desdichado en que mató á su adversario, porque era buen espadachín, entró en el seminario.

Refiere La Place que llevaba una espada bajo la sotana; tuvo un duelo con un oficial de guardias, que creyó que no tenía para empezar con aquel diminuto abate; pero éste le abofeteó galantemente con la punta de su espada y le desarmó con la mayor gracia.

Era sobrino del obispo de Boulogne de Mer, Henriot, que representó un papel en la vida de Lesage¹ y el cual era un ambicioso hábil, que seguía el partido los Lyonne. Nombró á su sobrino gran vicario de Boulogne, y después abad de Jard sin residencia. El tal abad se entregó por completo á las Musas, frecuentó asiduamente las casas de la Sra. du Chatelet y de la Sta. Quinault, así como sus comidas del Bout du Banc, redactó cuentos y versos para las colecciones mundanas en boga. Volvió á escribir para el teatro donde triunfó con *la Coqueta asada* (1746), *el Despertar de Talía* y *los Matrimonios proporcionados*, así como con las óperas *El Amor y Psiquis*, *Hilas y Zélis*. Logró interesar á su favor al duque de Choiseul, que le hizo nombrar historiógrafo, y luego diplomático y académico á pesar de lo licencioso de sus cuentos.

Fué á morir á Voisenon.

Tuvo por contemporáneo á Gresset (1709-1777) que nació un año después y cuya comedia *El Perverso* tendría aquí su lugar si no hubiésemos hablado ya de él como poeta.

Carmontelle (1717-1807) dejó un nombre doblemente célebre por sus pinturas y sus proverbios, pues manejó el pincel y la pluma. Pudo ser su divisa « pelo y pluma ». Era hombre de ingenio. Fué, si no el creador, á lo menos el más feliz representante de este género, amable, frívolo, ligero é inconsistente que se llama la comedia de salón y más

1. Véase Leo Claretie, *Lesage romancier*, p. 57, 59.

particularmente *el Proverbio*, en que la acción debe demostrar alguna verdad de la sabiduría de las naciones. El duque de Orleáns, nieto del Regente, muy aficionado á estas diversiones galantes, le agregó á su persona y Carmontelle halló en su casa el cuadro, los elementos de la decoración y el público que necesitaba su talento.

Fué el hombre útil y necesario. Cuando el duque de Orleáns hizo transformar el cerrillo Monceaux en un parque delicioso, fué Carmontelle quien trazó los dibujos de este jardín encantador, que adorna hoy el pabellón de la Locura de Chartres.

Sus comedias proverbios tienen naturalidad y amable familiaridad. Las escribía de prisá y á la ligera. Musset tomó por su cuenta este género y le dió nuevo realce, tratándolo con más arte, más delicadeza y cuidado.

Á veces los actores eran los mismos personajes y hablaban según el carácter que tenían en la sociedad.

Carmontelle pintaba las decoraciones y además, tenía un álbum que iba llenando con retratos á la pluma de sus más ilustres contemporáneos.

Manejaba lindamente el pastel. Por último inventó *los transparentes*, especie de linterna de sombras. Eran estos asuntos pintados en una banda diáfana que se iba desarrollando ante una ventana, mientras él explicaba el espectáculo que duraba dos horas. Este era ya el teatro de sombras de nuestro tiempo. Triunfó con esta alianza de las artes. Ponía sus proverbios en transparentes, y sus transparentes en proverbios. Llenan éstos ocho volúmenes sin contar otros cuatro de teatro de campo, de las comedias póstumas publicadas por la Sra. de Genlis y de las novelas cuyos títulos, muy largos, prometen más de lo que dan.

Continuemos: he aquí á Desmahis (1722-1761) ya citado como poeta, autor de una buena comedia, *el Impertinente*; viene luego Arnaud de Baculard, amigo y rival de Voltaire y de Helvetius, corresponsal de Federico II que le llamó á su lado á Berlín y le lisonjeó para molestar á Voltaire. Es autor eminentemente sensible, Arnaud (1718-1805), el « dulce y lamentable Arnaud » autor de un drama triste, que es al mismo tiempo un triste drama, *la Muerte de Coligny*, y que sirvió á J. María Chénier, para su *Carlos IX*. Era partidario por naturaleza del género lacrimoso, pobre en su ancianidad, lleno de deudas (Chamfort decía que debía 300.000 francos en piezas de cincuenta céntimos) pedigüño, llorón, apóstol de la sensiblería y padrino del drama lacrimoso.

Guimond de La Touche (1725-1760) tenía tal vez condiciones de gran poeta trágico. Habiendo entrado en los jesuitas á los diez y seis años, permaneció en ellos catorce sin producir nada. Á los treinta, abandonó el claustro, vino á París é hizo representar una tragedia, *Ifigenia*

en *Táuride*¹ que fué uno de los grandes éxitos del siglo. Murió casi inmediatamente, arrebatado por una pulmonía, sin haber escrito más obras y dejando al público burlado en sus esperanzas. Se editó después de su muerte una violenta sátira suya, *Los Suspiros del Claustro*, dirigida contra las órdenes monásticas. ¿Qué hubiera sido de él si hubiera llegado á perfeccionarse? Su *Ifigenia*, á pesar de algunas declamaciones humanitarias, tiene escenas excelentes, una extraordinaria intensidad trágica, y una conmovedora sencillez; era algo más que un principio y que una promesa.

De Belloy (1727-1775) dejó también una especie de obra maestra.

Pedro Burette, que se hizo llamar más tarde de Belloy, llevó una existencia bastante romántica. Aquel curial de Saint-Flour, apenas desembarcado en París, se sintió acometido de la furia del teatro. Se le veía mucho más por las noches en el espectáculo que, de día, en los tribunales. Un tío bastante gruñón, que le servía de tutor, se permitió hacerle algunas observaciones. Belloy tomó la cosa muy mal y desapareció súbitamente. Súpose al cabo de algún tiempo que acababa de contratarse en una compañía de cómicos ambulantes y que andaba de acá para allá. Como Molière en otro tiempo, fué de ciudad en ciudad, desempeñó papeles de matamoros en teatros de aldea y en los tablados de las ferias. Es más, llegó, en su carro de Tespis, hasta San Petersburgo, donde la zarina halló que no le faltaba ingenio y le conservó algún tiempo á sulado.

Cuando vino á Francia, traía una tragedia, su *Tito*. Creíase olvidado y quería hacer representar su obra. Pero su buen tío no se dormía; no habiendo podido, según esperaba, hacer meter en la Bastilla á aquel calavera, organizó una cábala á fin de hacer fracasar su obra. El fracaso fué espantoso. De Belloy no se desalentó: cuatro años más tarde, con *Zelmira*, casi fué aplaudido. En fin, en 1765, su *Sitio de Calais* fué un verdadero triunfo. La pieza era mediana, pero el momento era propicio. El *Sitio de Calais*, drama patriótico, exaltaba las virtudes de la antigua Francia y humillaba el orgullo inglés. Ocurría esto al día siguiente del Tratado de París, y el entusiasmo fué general; no se echó de ver, sino algo más tarde, cuando Belloy entró en la Academia, que escribía muy mal el francés.

Á propósito de su discurso, decía Grimm: « El Sr. de Belloy ha hecho, al entrar en la Academia, un acto de patriotismo, restableciendo con su ejemplo los discursos de recepción en su primitiva insipidez, de la que habían intentado apartarse algunos innovadores... »

1. Se hicieron en español varias traducciones ó arreglos de esta obra, entre otras una bastante disparatada de Cañizares. (N. del T.)